

dos los funcionarios, es decir, á la sociedad. Es, pues, natural que teman más al enemigo interior que al exterior.»

El hábil y jesuítico equívoco, creado en el espíritu del pueblo acerca de la misión real del ejército y la positiva, ha sido claramente señalada por Bernad Lazare:

«Durante el día, en el cuartel, se habla á los soldados de la salud de la patria, de la cual son los defensores, y de los reinos vecinos, cuya ambición amenaza el territorio; pero, llegado el caso, se les pone en presencia del verdadero enemigo, de la plebe susceptible aún de cólera, cuya violencia ha de dominarse. ¡Qué ingeniosa ficción la del rival extranjero, la del adversario hereditario! Ella sostiene en gran parte nuestras plutocracias; gracias á ella éstas consiguen el admirable resultado de movilizar una parte de la clase trabajadora contra la otra parte, de tal manera que, cualquiera que sea el resultado de una guerra civil, sólo los miserables soportan su peso y sufren sus consecuencias. Por lo mismo, todo el esfuerzo de los moralistas, de los filósofos y de los historiadores vendidos y pagados concurre á fortificar esta aficción, á embellecerla; ya en la escuela se esparcen esas doctrinas, y con tanto éxito, que los pobres creen defender su tugurio que nadie amenaza, y al recibir la *sportula* romana defienden su derecho á morir de hambre.»

Es indudable que el mozo que deja familia y trabajo, interrumpiendo el curso ordinario de su vida para meterse en el cuartel, no va á proteger la frontera contra la invasión de los nacionales de las naciones colindantes ávidos de apoderarse de una propiedad de que él no participa; no, porque esa propiedad, en caso de invasión y aun de dominación de los invasores, seguiría siendo de los mismos propietarios; y aun los enemigos triunfantes, los soldados extranjeros, instrumentos del vencedor, quedarían tan lejos de la propiedad como los soldados vencidos.

Conviene que se sepa y se difunda una verdad muy sencilla y sobre la que no se fijan los influídos por el nacionalismo militarista: en toda nación, que parece debiera de ser como la defensa recíproca del derecho de todos los nacionales, no sólo hay millonarios y hambrientos, sino que hay extranjeros ricos, propietarios y explotadores, frente á nacionales que han de emigrar del país porque carecen de pan, de casa y hasta de tierra que pisar.

Por eso, la verdad es que el mozo que deja la herramienta por el fusil, no hace otra cosa que cambiar de manera de ser víctima del capitalismo: siendo obrero fomentaba la riqueza del señor; siendo soldado, la defiende contra las reivindicaciones de los trabajadores. Con la diferencia agravante de que siendo trabajador podía fraternizar con sus compañeros y con ellos avanzar en la evolución progresiva de la humanidad; mientras que siendo soldado se convierte en su enemigo y en sayón al servicio de la injusticia.

La misión social del soldado,—lo mismo en una democracia, donde según definición el pueblo es soberano y cada individuo, es decir, cada ciudadano, es elector y elegible, que en una monarquía absoluta donde el rey es más ó menos prácticamente señor de vidas y haciendas,—es la negación de aquel derecho inmanente de que nos habla la filosofía moderna.

Clemenceau dice á este propósito:

«El papel que en la sociedad toca representar al soldado es de servidumbre absoluta. «Aunque os mande fusilar á vuestro padre y á vuestra madre debéis obedecerme,» dice el emperador alemán á sus soldados. He aquí el último término de la dominación de la criatura humana. En Francia y en otras naciones no se lleva la cínica franqueza autoritaria hasta decir esas cosas, pero la doctrina de los actos conduce á la misma consecuencia. El hecho es que la obediencia pasiva, cualquiera que sea su resultado, constituye la gloria del soldado: su autonomía, su independencia es, pues, un crimen... Para llenar su deber no tie-